

Los fenómenos naturales en la historia del Ecuador y el sur de Colombia

Jorge Núñez Sánchez | *Editor*



LOS DESASTRES NATURALES EN LA HISTORIA DEL ECUADOR Y EL SUR DE COLOMBIA

Jorge Núñez Sánchez

EDITOR



2015

*Los desastres naturales en la historia del Ecuador
y el sur de Colombia*

© Jorge Núñez Sánchez

Primera Edición CCE - 2015

ISBN: 978-9978-62-834-8

Portada: Santiago Ávila

Diseño y diagramación: César E. Salazar O.

Corrección: Víctor Tamayo Miño



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión

Dirección de Publicaciones

Avdas. Seis de Diciembre N16-224 y Patria

Teléfono: 222 1006 ext. 213

Email: gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec

Quito, Ecuador

LOS DESASTRES NATURALES EN LA HISTORIA DEL ECUADOR Y EL SUR DE COLOMBIA

Jorge Núñez Sánchez

EDITOR



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN



Academia Nacional
de Historia

PRESENTACIÓN

Desde la más lejana antigüedad, los grandes fenómenos naturales han impactado con fuerza en la conciencia de los seres humanos, quienes enfrentados a fuerzas que desconocían y fenómenos que no estaban al alcance de su comprensión, optaron por atribuirles orígenes mágicos o por considerar a esos fenómenos como expresiones de ira de las divinidades.

A partir de la época moderna, se instituyó el concepto de ‘desastres naturales’ para identificar a esos fenómenos de la naturaleza que, en la mayoría de ocasiones, nos resultan incontrolables, aunque muchos de ellos son causados precisamente por las acciones humanas sobre el medio ambiente.

Ello nos pone ante el dilema de comprender que esos sucesos, que consideramos desastres para los seres humanos, son en verdad fenómenos normales en el escenario geográfico en el que discurre la vida humana. Erupciones, terremotos, aludes o deslizamientos de tierras, taponamientos de ríos, diluvios, inundaciones, sequías o huracanes son fenómenos normales en el funcionamiento de nuestro planeta, aunque sus efectos sobre la vida social suelen ser catastróficos, pues destruyen obras construidas por el esfuerzo humano y afectan gravemente a la vida, a la salud y a la economía de los pobladores de una región determinada.

Precisamente por ello, los desastres naturales han sido considerados sucesos trascendentales de la historia humana. La humanidad toda, desde la más lejana antigüedad, ha registrado los sucesos más destacados de este tipo mediante la mitología, las referencias en libros sagrados o las crónicas. El mito de la destrucción de la Atlántida y la desaparición de la civilización minoica, sepultada bajo las aguas del mar Egeo, o el mito bíblico del Diluvio Universal, son dos de esos antiguos registros de

la memoria humana sobre grandes desastres, atribuidos en su tiempo a la ira divina y hoy interpretados como fenómenos de origen natural.

Más hacia la modernidad, cada país o nación ha guardado memoria de esos fenómenos como parte de un proceso de aproximación racional a la comprensión de los mismos, tanto en sus causas como en sus alcances y efectos. Y es que el desastre natural es, casi siempre, también un desastre social, ya que conlleva la desorganización de las formas de vida colectiva, la ruina del escenario geográfico habitado por el hombre, la destrucción de la infraestructura levantada con gran esfuerzo y de los cultivos agrícolas y pecuarios, así como el despoblamiento temporal o definitivo de una región, sea por causa de la mortandad de gente y animales o por las migraciones desesperadas que siguen al fenómeno destructivo.

Por todo lo expuesto, la historiografía se ha preocupado notablemente por estos fenómenos, aunque viéndolos más bien como eventos ocasionales y extraordinarios que como fenómenos recurrentes. Particularmente interesante ha sido la producción historiográfica en el continente americano, situado en el ‘Cinturón de fuego del Pacífico’, donde la vulcanología ha tenido y tiene múltiples y reiteradas manifestaciones, y donde la presencia de roces y choques de placas tectónicas (la subducción de la placa de Nazca en la placa Sudamericana, y la falla de San Andrés, en California, que divide a las dos placas tectónicas del Pacífico) ha producido frecuentes movimientos sísmicos e inclusive grandes terremotos.

En el continente americano, repetidamente afectado por grandes fenómenos de este tipo, ello ha motivado una gran preocupación intelectual, reflejada en la presencia de estudios históricos antiguos, modernos y contemporáneos. Y finalmente, esto ha dado lugar al surgimiento de una creciente historiografía sobre esos fenómenos, que el tradicionista peruano Ricardo Palma bautizara con el nombre de “Injurias del tiempo”.

Este libro busca contribuir a una reflexión amplia sobre la temática de los desastres de origen natural, mediante el análisis historiográfico de algunos fenómenos que afectaron a la antigua Audiencia de Quito y más próximos en el tiempo al territorio de

la República del Ecuador y el sur de la República de Colombia. Por ello, algunos de los estudios no se han limitado al análisis estricto del fenómeno natural y sus efectos destructivos, sino que han enfocado también los efectos sociales, políticos y culturales generados por éste, tales como las protestas y rebeliones populares, los conflictos políticos, las formas de corrupción constituidas alrededor de las ayudas recibidas o las nuevas advocaciones religiosas surgidas a consecuencia del suceso de origen natural.

Queda en manos del público este primer aporte de nuestra Academia a la historia de los desastres naturales en el Ecuador, al que pronto seguirán nuevos esfuerzos de nuestros académicos. Y aspiramos a que quede en la conciencia de nuestro país tanto la memoria de los fenómenos estudiados como la constatación del formidable esfuerzo hecho por nuestro pueblo para levantarse después de cada desastre, reconstruir sus espacios de vida y tomar medidas para limitar los efectos destructivos de futuros cataclismos.

Jorge Núñez Sánchez

EL CATACLISMO DE 1797

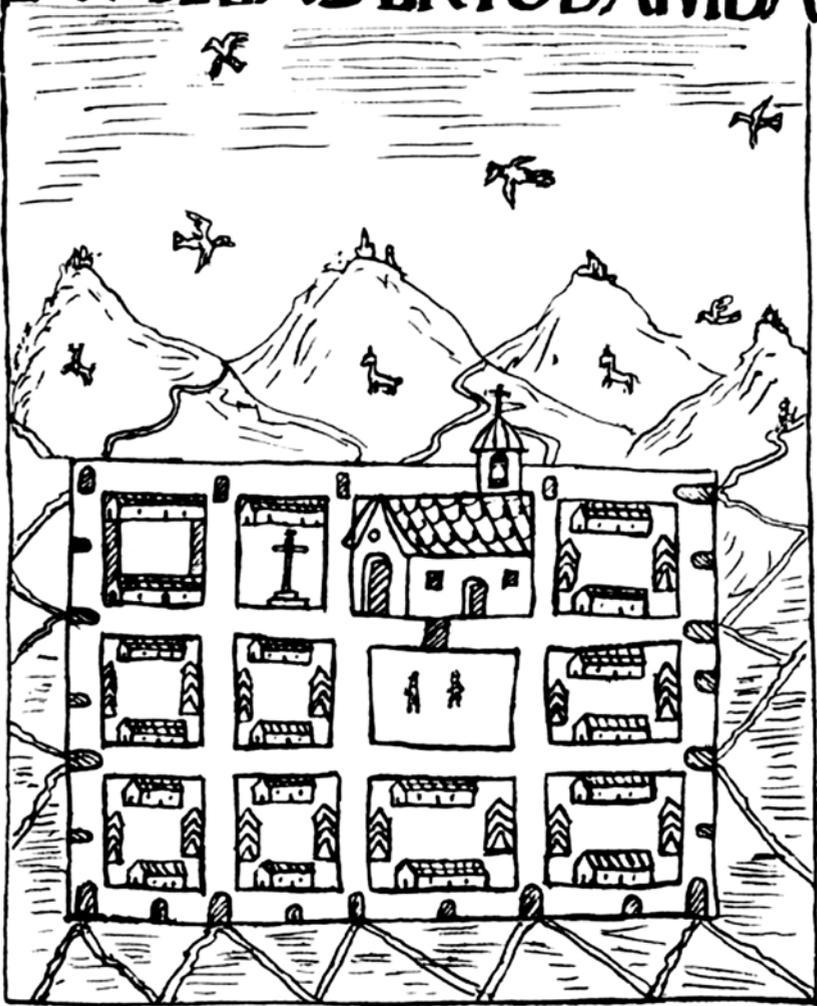
Jorge Núñez Sánchez

Nuestra avenida de los volcanes muestra, sin duda, uno de los más imponentes espectáculos de la naturaleza. A lo largo de todo el callejón interandino, dos cordilleras coronadas de nieve se disputan el cetro de la belleza natural y la primacía de las altas cumbres andinas. Pero bajo esa nieve reluciente palpita el fuego original del mundo, y, cuando este estalla, causa terribles estragos en la vida de los hombres. Fue lo que ocurrió en nuestro país el 4 de febrero de 1797.

Aquella mañana de invierno había amanecido especialmente oscura y gris, pero nada hacía sospechar que se aproximaba un desastre natural. De pronto, entre siete y ocho de la mañana ocurrió un formidable terremoto, de cuatro a cinco minutos de duración y de carácter ondulatorio, que afectó a la sierra central y a la parte próxima de la hoya amazónica. Muchos habitantes de nuestras ciudades andinas salieron despavoridos a las calles y lograron salvarse de la hecatombe. Otros murieron aplastados por sus casas. Y como era domingo, bastantes más perecieron entre las ruinas de los templos, donde se hallaban asistiendo a misa.

Dado el carácter del sismo y su duración, la destrucción material fue terrible. Riobamba quedó prácticamente borrada de la faz de la tierra por el terremoto, a lo cual se agregó que el cerro de Cullca, situado junto a la ciudad, fue desencajado de su asiento y sepultó a la mayor parte de las ruinas causadas por el movimiento terráqueo. Además, según los informes oficiales, en esta ciudad murieron los dos alcaldes ordinarios y la mayoría del Ayuntamiento, y solo sobrevivieron una mínima parte de la nobleza y algo así como la mitad del pueblo.

CIVDAD LA VILLADERIOBAMBA



La antigua Riobamba según la imaginación de Felipe Huamán Poma de Ayala,
en su *Nueva Crónica y Buen Gobierno*.

Ambato, Latacunga y Guaranda quedaron semidestruidas, pero muchas poblaciones de su jurisdicción desaparecieron o quedaron gravemente arruinadas, igual que otros asentamientos de los Corregimientos de Riobamba y Guaranda y de la Tenencia de Alausí. También quedó devastado el camino de San Antonio, que atravesaba el Corregimiento de Guaranda y vinculaba a Guayaquil y Quito. En esta última ciudad, fueron desbaratadas las torres de la Catedral, Santo Domingo, La Merced y San Agustín, y quedaron cuarteados muchos edificios públicos y casas de habitación. Cosa similar ocurrió en los pueblos aledaños a la capital: en la iglesia de El Quinche, se partió el cuerpo piramidal en que remataba la torre y cayó al suelo, mientras otras iglesias quedaron cuarteadas y semidestruidas. Alausí y los pueblos de su jurisdicción quedaron en tierra y reportaron un gran número de muertos.

No solo fueron arruinadas las ciudades y pueblos sino también grandes extensiones del campo, por causa del paso de la lava y el lodo volcánico, de la fractura o deslizamiento de los terrenos y de los deslaves que represaron varios ríos de la zona y fueron, a su vez, causa de inundaciones y avalanchas de agua, que arrasaron luego con casas, cultivos y seres vivos.

El presidente y capitán general de la Audiencia de Quito, don Luis Muñoz de Guzmán, se hallaba descansando en una propiedad campestre de El Quinche cuando acaeció el terremoto, con una “ondulación muy gruesa, tanto que se tenía trabajo en sostenerse en pie”, según escribió.¹

Como efecto secundario del terremoto, todo fue confusión en la región central del país. Empero, poco después empezaron a llegar a Quito informes de autoridades locales y testigos, que sirvieron para que el gobierno redondeara una idea cabal de las causas y alcances del desastre. Algunas gentes de Quito afirmaban que el movimiento telúrico “vino del lado del Pichincha”, y agregaban:

1 Informe de Muñoz de Guzmán al Rey de España. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

“Empezó lento, pero apuró después tanto su movimiento que no se ha visto igual en Quito, ni más largo. Poco después del temblor hizo un estruendo que denotaba erupción... y según el celaje se teme repetición. Han padecido detrimento todas las casas y templos”.²

Las noticias que iban llegando a las autoridades desde el centro del país eran terribles: Se decía que los montes de las cordilleras se habían derrumbado sobre el callejón interandino. Que habían muerto la mayoría de los pobladores de varias ciudades. Que todos los cerros habían vomitado fuego, lava y lodo hediondo.

Juan Frías, vecino del pueblo de Guano, testimonió que la onda sísmica lo alcanzó mientras andaba cerca de Ambato y que fue arrojado al suelo con su caballo por tres o cuatro veces, y que luego vio que

“el cerro de Igualata se abrió por cinco partes, despidiendo por las bocas que abrió llamaradas de fuego y ríos de lodo envueltos con el fuego, los que habiendo tomado el Camino Real lo aterrizaron...”, agregando que “por donde pasaba (la lava) asolaba cuanto encontraba: casas, heredades y ganados”.³

LOS INFORMES OFICIALES SOBRE EL SINIESTRO

Pocos días más tarde del desastre empezaron a llegar a Quito los informes oficiales de los corregidores del distrito, que en las semanas y meses posteriores siguieron enviando información cada vez más detallada sobre los resultados del terremoto. Gracias a esa documentación, guardada celosamente en los archivos quiteños y españoles, los historiadores podemos reconstruir con bastante fidelidad los distintos aspectos del siniestro.

Los primeros informes en llegar a Quito fueron los de los Corregidores de Ambato y Riobamba, don Antonio Pastor y don

2 Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

3 Testimonio de Juan Frías, 20 de febrero de 1797. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.



Ruinas de la antigua Riobamba

Vicente Molina. El primero de ellos fue rescatado de entre las ruinas de su casa un par de horas después del siniestro e inmediatamente envió al presidente Muñoz un postillón con el aviso de la destrucción parcial de esa ciudad.

El Corregidor de Riobamba, por su parte, recién pudo informar al gobierno diez días después del desastre, a causa de la total destrucción de los caminos en su distrito. En su informe opinaba que

“él origen, o fuente de los males, es el volcán de Macas, fundado en que el ruido subterráneo percibían que venía de hacia aquel lado, a lo que se agrega que de cuatro a seis años a esta parte se han dejado oír en él truenos internos (que el vulgo llama bramidos) continuadamente”, agregando que “alguna comunicación con Tunguragua ha propagado los efectos de su reventazón, pues han vomitado agua y lodo negro de muy mal olor los cerros llamados Igualata, y el Altar: el primero arrastró con su lodo parte de las inmediaciones del pueblo de Guano y del de Cubijés”.⁴

4 El Corregidor de Riobamba al Presidente de Quito; Riobamba, 14 de febrero de 1797. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

Al otro lado de la cordillera Occidental, en el cercano Corregimiento de Guaranda, el terremoto fue “tan efectivo que a los primeros movimientos puso en el suelo quasi todos los edificios y dejó los restantes inservibles... sin que hubiese quedado iglesia alguna en pie en todas las parroquias, a excepción de una pequeña capillita que se titula Nuestra Señora del Guayco, y la iglesia del pueblo de Simiátug”, según informó el Corregidor Gaspar de Morales.⁵ En cuanto al camino de San Antonio Tariragua, por el que se comunicaban Quito y Guayaquil, informaba hallarse destruido, “porque —decía— los despeños son tales que no solo han arruinado los caminos, han partido los cerros y trastornado las profundidades, ríos, quebradas”.⁶ Concluía el informante indicando que hasta la fecha de su comunicación no cesaban los temblores y que él y los sobrevivientes se hallaban refugiados en “una desdichada chosilla malformada de cuatro palos y un poco de paja”.⁷

Posteriormente, en una de sus numerosas comunicaciones, este Corregidor informaría que en su distrito el siniestro causó un total de 57 muertos, de los cuales 17 blancos y mestizos y 40 indios.

Quince días después de la catástrofe, mientras la tierra seguía temblando en muchos lugares, el presidente Muñoz pudo reunir variados testimonios, hacerse una idea cabal de los estragos causados por ésta y enviar al rey un primer informe sobre la situación. Tras dar los datos generales del siniestro y detallar los daños causados en la jurisdicción de Quito, exponía en su texto que por su importancia, citamos en extenso:

“Hasta aquí nada hay que no sea muy ordinario en los temblores de tierra, [pero] lo que se hará increíble acaso es el trastorno de los altos Montes de estas cordilleras; de modo que todo el terreno contenido entre los volcanes Cotopaxi, Tunguragua y Macas, ha trastornado su faz, levantándose a esfuerzos de un impulso perpendicular el terreno, y des-

5 El corregidor de Guaranda al presidente Muñoz de Guzmán; Guaranda, 8 de febrero de 1797. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

6 *Ibíd.*

7 El corregidor Morales al presidente Muñoz, 8 de febrero de 1797. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

quiciando de su fundamento los montes más altos que se comprendían en él. De este trastorno han resultado arruinados los pueblos todos de los Corregimientos de Latacunga, Ambato, Riobamba, Guaranda y la Tenencia de Alausí, en los que no ha quedado templo alguno entero: todos son ruina, y los más han sido sepulcro de parte de los habitantes. ”...El Asiento de Latacunga... ha sido destruido a impulsos del temblor, y en él ha perdido S.M. las Casas de la Administración de Rentas Unidas y de la Fábrica de Pólvora con su Ingenio...

”El Asiento de Ambato... ha corrido igual suerte, habiendo sido mayor el estrago en algunos de los pueblos de su jurisdicción, en los que ha habido reventazones de agua y lodo, y han padecido muchas haciendas, y aún se teme nuevos estragos porque hasta hoy se halla detenido el curso del río que lo baña por un grande derrumbe de tierra, que se ha intermediado, y si no lo vencen las aguas puede acarrearles una inundación. En la Villa de Riobamba no hay piedra sobre piedra. El Cullca, cerro que le estaba inmediato, desencajado de su asiento, sepultó la mayor parte de las ruinas que ocasionó el impulso de la tierra. En todos los contornos de esta Villa han sido tales los desbaratos del terreno, que deshechos y desconocidos los caminos, no pude lograr noticia de persona que hubiese entrado o salido en ella, hasta el día 14 que recibí carta del Corregidor, quien confirma el estrago, y dice haber quedado vivo como la octava parte de la nobleza y una mitad de la plebe.

”La suerte de Guaranda no ha sido tan infeliz como la anterior, pues no han muerto, según el dicho de su Corregidor, sino 16 personas, pero la aniquilación de los edificios es igual que en los demás pueblos. Lo que sí merece mucha consideración, porque se intercepta la comunicación de toda esta provincia con la Plaza de Guayaquil, es el desbarato de la Cuesta de San Antonio de Tariragua...

”El Asiento de Alausí y pueblos de su jurisdicción se hallan en tierra, distinguiéndose el de Tigsán por las mayores ruinas y número de muertos que ha tenido...

Todas las inmediaciones de la falda del Tunguragua son las que más han padecido aquí: Las aventuras de la tierra han sido tan enormes que se han tragado haciendas enteras. Se han desprendido pedazos de Monte, que han parado el curso del río de Patate, cuyas aguas, cuando han podido romper los embarazos, han inundado cuanto han encontrado en su

curso.

”...Según expone el Corregidor de Riobamba, el origen, o fuente de los males es el volcán de Macas, fundado en que el ruido subterráneo percibían que venía de hacia aquel lado, a lo que se agrega que de cuatro a seis años a esta parte se han dejado oír en él truenos internos (que el vulgo llama bramidos) continuadamente. Supone este Corregidor que alguna comunicación con Tunguragua ha propagado los efectos de su reventazón, pues han vomitado agua y lodo negro de muy mal olor los cerros llamados Igualata y el Altar: el primero arrastró con su lodo parte de las inmediaciones del Pueblo de Guano y del de Cubijfés; el que lo vio abrir declara bajo juramento que el momento de desencajarse la tierra de su estado natural le tiró con el caballo en que iba montado y cayó aturdido: que cuando se levantó y pudo ya pensar en seguir su viaje que era a Guano, vio cinco bocas en la cumbre de Igualata por las que salían llamaradas de fuego y saltaderas de lodo que formaban ríos por la falda, de mucha extensión... y añade... que se acobardó y resolvió no continuar a Guano sino volverse a Ambato, que cuando llegó ya solo encontró los escombros de la población.

”Todo el espacio de tierra despedazado continúa temblando y eructando los ruidos... Sabemos haberse extendido los temblores por el lado del norte hasta la provincia de los Pastos, bien que sin estragos ni ruinas...

”Según las últimas observaciones hechas del volcán de Tunguragua por el naturalista Pineda cuando pasaron por Guayaquil las corbetas de S.M. que dieron la vuelta al mundo, este monstruo estaba lleno de agua hirviendo, y así hecho cotejo del territorio destruido, que es todo en su contorno, y de los materiales arrojados por las roturas de la tierra, que son todos negros líquidos con gran cantidad de agua hedionda, por la confección de los betunes y materiales sulfúreos no puede ser otro el principio de nuestras desventuras que este monte. Los estallidos subterráneos permanecen como dejo antes dicho pero desde el día 15 faltan los temblores que hasta entonces eran sequela de ellos e inferen por esto, los que viven en donde se padecen, que es un alivio de la inflamación esta especie de decadencia en los efectos...

Como la Villa de Riobamba ha quedado con muy poca parte de su Ayuntamiento, y falleciesen sus dos Alcaldes Ordinarios, he nombrado dos personas de distinción que

ayuden al Corregidor en las presentes ocurrencias y administración de Justicia”.⁸

Un par de meses después, por encargo del gobierno central, el nuevo corregidor de Ambato, don Bernardo Darquea, hizo una evaluación general de los daños en el distrito de su mando, como conclusión de la cual informó razonada y organizadamente sobre los hechos acaecidos en su Corregimiento. Entre otras cosas, exponía en su comunicación:

“...Los pueblos de Quero, Pelileo, Patate y Píllaro [son] las jurisdicciones que más ruinas han experimentado de las reventazones de sus cerros...”.

“Jurisdicción del pueblo de Quero:

El cerro denominado Igualata, colateral del volcán Tungurahua, expelió tanta copia de tierra con mezcla de agua, hacia la parte o costado inverso camino a Riobamba, como a esta banda de Quero, que cubrió campiñas enteras, y llenó quebradas de una anchura y profundidad inmensa por donde tomó su curso. Tapó haciendas con sus habitantes y se llevó cuanto encontró en su dirección. De su reventazón pereció mucha gente y una infinidad de ganado mayor y menor. ...La reventazón del cerro llamado Mulmul, habiendo bajado a las llanuras mezclada con agua hecha lodo suelto, produjo iguales daños a los antecedentes. (Reventaron también los cerros Guizlla, Conchuina, Nivelá y Llimpi, todos inmediatos al Tungurahua, causando similares daños).

Jurisdicción del pueblo de Pelileo:

El Obraje de Temporalidades llamado San Ildefonso se halla situado en los bajíos de la jurisdicción de Pelileo igualmente que las haciendas Yataqui del finado Baltazar Carriedo y del Pingue del Dr. Dn. José Cevallos, a la orilla del río de Patate, y del lado inverso de la de San Ildefonso.

Este se halla situado al pie de tres cerros no muy elevados y en la bajada del camino de Pelileo a San Ildefonso... hay un potrerrillo o ciénega de cortísima extensión (se derrumbaron

8 El Presidente Muñoz de Guzmán al Rey, 19 de febrero de 1797. Expediente sobre el terremoto de Riobamba, AGI, Quito, L. 251.

Para ver el libro completo
adquiérello en nuestra Librería
de la Casa, aplican precios de
promoción por la FILQ 2020

Para ver el libro completo
adquiérello en nuestra Librería
de la Casa, aplican precios de
promoción por la FILQ 2020



*LOS DESASTRES NATURALES EN LA HISTORIA DEL ECUADOR
Y EL SUR DE COLOMBIA*

Jorge Núñez Sánchez,
(Editor)

se terminó de imprimir en Quito
en el mes de octubre de 2015,
en la Editorial Pedro Jorge Vera
de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Presidente: *Raúl Pérez Torres.*
Director de Publicaciones: *Patricio Herrera Crespo.*

Los desastres que llamamos naturales son, en muchos casos, fenómenos cíclicos de la naturaleza y, en otros, sucesos provocados por la imprevisión humana, las intervenciones agresivas sobre el escenario geográfico y las alteraciones de los ciclos y espacios naturales.

Cortes en las laderas montañosas, destrucción de bosques protectores, construcciones en los lechos secos de los ríos y otras intervenciones por el estilo, terminan por provocar efectos naturales terriblemente dañinos para la vida colectiva tales como deslaves, inundaciones y represamientos, fenómenos que repercuten gravemente la vida social y la infraestructura construida con gran esfuerzo.

Este libro busca dar una visión panorámica de esos fenómenos naturales que afectan a la vida humana y la economía social. Ha sido escrito por un conjunto de historiadores y geógrafos vinculados a la Academia Nacional de Historia del Ecuador y a la Academia Nariñense de Historia de Colombia, como culminación de un proyecto de investigación científica desarrollada entre 2014 y 2015.



Academia Nacional
de Historia



Portada: *El Cotopaxi en erupción*, Óleo de Frederic Edwin Church, 1855.